

HISTORIA DEL DEPORTE: UNA DOBLE PERSPECTIVA

HISTORY OF SPORT: A DOUBLE PERSPECTIVE

Autor:

Chiva, O.; Hernando, C.; Salvador, C.

Institución:

⁽¹⁾ Universitat Jaume I de Castellón. ochiva@uji.es

Resumen:

El presente texto analiza desde una doble perspectiva el origen y la evolución de un término tan complejo como es el de deporte. Es complicado efectuar una definición de este vocablo, puesto que se trata de un fenómeno multidimensional con un gran campo de acción. Sin embargo, examinando sus inicios y progresión a lo largo de los años y prestando atención a los hechos culturales y sociales que lo han condicionado, podrá establecerse una mejor comprensión del mismo. A partir de los análisis historicista y utilitarista de la evolución del deporte se aumentará la comprensión de este fenómeno en la actualidad.

Palabras Clave:

Deporte, utilitarismo, historicismo, historia del deporte, origen del deporte.

Abstract:

This paper analyzes from a double perspective the origins and the evolution of the sport, which is a considerably complex concept. It is complicated to define this word, because it is a multidimensional phenomenon. However, if its beginnings and its progression over the years are examined while paying attention to the cultural and social facts that have influenced it, its understanding will be easily achieved. In this way, by the historicist and materialistic analysis, which are done here, a wider perspective of the meaning of the sport is shown. And it will, definitely, help to the comprehension of the phenomenon of today.

Key Words:

Sport, sporting event, history of sport, origins of the sport.

1. INTRODUCCIÓN

Pese al gran fenómeno social y de masas que representa el deporte hoy en día, este no siempre ha implicado lo mismo ni ha sido concebido de idéntico modo puesto que el momento, el lugar, la sociedad o la cultura son circunstancias que han resultado ciertamente condicionantes en cuanto a aquello que este representa. Durante la historia de la humanidad estos aspectos se han visto afectados por múltiples cambios que, consecuentemente, también han atañido al deporte. Teniendo esto en cuenta, el presente artículo se plantea el objetivo de esbozar cronológicamente la que ha sido la historia del deporte y del hecho deportivo enmarcando su evolución a través de diferentes períodos, de forma que se pueda acceder con mayor profundidad a la concepción actual de estos dos términos.

Así, mediante el método hermenéutico-crítico, se plantea en primer lugar la descripción y delimitación del hecho deportivo y del deporte para, posteriormente, pasar a tratar su origen y evolución, tomando aquellos momentos históricos que han supuesto un punto de inflexión por lo que implican. Este análisis se realiza desde dos visiones diferentes, la historicista y la materialista, que permiten dar a conocer desde una perspectiva más amplia los fundamentos más básicos de aquello que representan deporte y hecho deportivo a través de su desarrollo histórico. De esta manera será un poco más sencillo comprender la magnitud del deporte tal y como se lo percibe en la actualidad.

2. EVOLUCIÓN E INTERPRETACIONES DEL HECHO DEPORTIVO

Para delimitar y clasificar con la propiedad requerida el término deporte, conviene advertir de antemano que dicha definición encierra cierta complejidad. Como sucede con otros muchos fenómenos humanos, la diversidad de definiciones existentes es enorme. No obstante, el verdadero problema no está tanto en la cantidad de definiciones como en su calidad. La cuestión radica en la dificultad de encontrar una explicación que abarque unívocamente todo el

significado del término deporte. Hasta el punto de que reconocidos autores como Parlebás (2001) ó Isidori (2011), debido a esa falta de acuerdo y consenso, llegan a hablar de la dificultad de definir el deporte. Y no por ser unas explicaciones mejores que otras, sino porque las características descriptivas y definitorias pueden ser muy distintas. Existen pues tantos factores que se funden en la acción deportiva, que no puede hablarse sino de un fenómeno multidimensional (Almeida, 2001).

Además, la verdadera complicación aparece cuando estas definiciones provienen de enfoques substancialmente diferentes. Tanto es así que se caería en la ingenuidad si se confiara únicamente en las definiciones más clásicas y generalizadas para entender un concepto ciertamente polisémico como el de deporte.

Como se ha dicho, han sido muchos los autores y muy diversas las posturas ideológicas desde las que se han planteado distintas teorías sobre el origen de la actividad física y el deporte. En cualquier caso, por regla general, todas las definiciones han evolucionando históricamente, luego no se puede soslayar de este análisis aquello que las ha llevado a ser lo que son. Así pues, a continuación se realiza una aproximación histórica de su origen y evolución. No obstante, este ejercicio de retrotraernos corre el riesgo de no llevarnos a ninguna parte si nos vamos a un punto indefinidamente alejado en el pasado, pues como dice Elías (1988), dondequiera que empecemos encontramos movimiento humano y, por tanto, siempre habrá un precedente anterior. Por lo que escuchando el consejo de Vicente (2011), para no equivocarnos y que el análisis histórico tenga sentido, la mirada al pasado debe fijarse unos límites tratando de centrarse en aquellos puntos de ruptura o discontinuidad realmente significativos.

Por todas las razones aducidas, este texto será ciertamente interdisciplinar, adquiriendo un marcado carácter histórico, ya que persigue la meta de entender el deporte recurriendo al pasado; pero también sociológico, en tanto que atiende al contexto social general. Ya que, según se verá, las primeras actividades físicas se mezclaban con otras conductas y sentimientos

que se fueron enraizando en los modos culturales que a día de hoy son patrimonio de la humanidad (Coca, 1993).

3. TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA ACTIVIDAD FÍSICO-DEPORTIVA

A la hora de estudiar el origen y la evolución de la actividad físico-deportiva, Acuña (1994) facilita una revisión de las principales teorías acerca de su origen y desarrollo. Inicialmente plantea un doble posicionamiento: por una parte subraya la existencia de una teoría general que parte de la unidad vital elemental entre todos los animales, entre los que se incluye al ser humano. En ella se considera al instinto de supervivencia como origen de la actividad físico-deportiva. Aunque por otra parte da a conocer la existencia de otra teoría general que se origina a partir de una concepción diferenciada entre el ser humano y el resto de los animales. Para esta segunda teoría el terreno de la actividad físico-deportiva es únicamente concebido como una manifestación humana.

Además, dentro de esta segunda teoría general cabrían dos subteorías basadas en interpretaciones distintas. De un lado aquella que surge desde una perspectiva idealista e historicista y que encuentra la motivación de la práctica físico-deportiva en sus componentes lúdico y cultural; y de otro lado aquella que interpreta el origen de la actividad físico-deportiva desde una perspectiva materialista y/o utilitarista.

Uno de los principales autores representantes de la teoría general basada en la unidad vital de todos los animales es Neuendorff (1973), para quien la actividad físico-deportiva nace sin distinción entre animales a partir de la lucha por la existencia y la supervivencia. Por ello, según este autor, las primeras aptitudes corporales que tuvo que aprender el hombre primitivo fueron la carrera, el salto y la trepa.

Evidentemente la teoría de Neuendorff se apoya sobre una serie de bases biológicas indiscutibles. No obstante, aún aceptando esta teoría, para

entender la evolución y el significado actual del deporte, se necesita indagar también en los hechos culturales y sociales que lo han ido modulando a lo largo de su conformación. Dicho de otro modo, además de conocer qué es el deporte, nos interesa saber cómo el deporte interactúa con la sociedad, y cuales son sus verdaderas implicaciones en la vida del ser humano actual.

Por todo ello, de las teorías generales explicativas recién expuestas y que quedan resumidas a continuación en la Tabla.1, la teoría general basada en una concepción diferenciada entre el ser humano y el resto de animales parece adecuarse mejor a los objetivos de este artículo. A priori es, por tanto, la teoría más adecuada para descubrir los elementos definitorios del deporte que nos interesan.

Tabla 1.

Teorías del origen de la actividad físico-deportiva. (Acuña, 1994).

TEORÍAS GENERALES EXPLICATIVAS	ORÍGEN DE LA ACTIVIDAD FÍSICO-DEPORTIVA
1.- Teoría general basada en la unidad vital elemental entre todos los animales.	Instinto de supervivencia.
2.- Teoría general basada en una concepción diferenciada entre el ser humano y el resto de animales.	2.1.- Perspectiva historicista o idealista: componente lúdico y cultural.
	2.2.- Perspectiva materialista o utilitarista: origen y sentido pragmático de la actividad físico-deportiva.

En cualquier caso, habiendo descartado por inoperante para nuestros intereses la teoría general basada en la unidad vital entre todos los animales, la interpretación actual del origen deportivo desde su visión social sigue ofreciendo puntos de desencuentro que conviene seguir desbrozando.

4. DEPORTE Y HECHO DEPORTIVO

Desde su vertiente como actividad propiamente humana resulta evidente que del deporte emana lo que se conoce como hecho deportivo (Domínguez,

1995). La diferencia entre estos conceptos radica en la existencia de una variada serie de vínculos e interacciones que diferencian lo que es el deporte en sí, de la realidad social y multidimensional que deviene del propio deporte: el hecho deportivo. Claramente Cagigal (1996) da cuenta de ello al afirmar que:

El deporte como institución social es, pues, consecuencia del desarrollo de cada cultura, se forma cuando una cultura alcanza cierto nivel de evolución; el deporte como conducta surge, en cambio, en un nivel anterior. En un hombre primitivo que caza, su posible diversión no se diferencia sustancialmente del hecho de cazar para comer. Pero a veces, como descubren los etnólogos, juega a la caza, ensaya y se divierte; entonces puede decirse que hace deporte. (p.794)

Esta nueva realidad deportiva compleja emerge principalmente a partir de una serie de relaciones que se fraguan tanto entre los miembros de un colectivo que lucha por un objetivo común, como entre los integrantes que contienden por el triunfo, así como también entre los seguidores de un grupo determinado, etc. De modo que el hecho deportivo tiene en cuenta todas las consecuencias sociales que se derivan del deporte.

En definitiva, el hecho deportivo incluye todo un conglomerado de relaciones intersubjetivas que tienen su origen en el deporte y que pueden llegar a interferir en otras esferas sociales. En cualquier caso, como presumía Laguillaumie (1978), “el deporte es una realidad compleja de abarcar y difícil de situar con precisión dentro de la estructura del ser social” (p.32).

En el terreno de la diferenciación entre deporte y hecho deportivo Cagigal (1996) permite refrendar nuevamente la existencia de dos aproximaciones específicamente independientes. Por una parte se puede concebir el deporte como realidad ontológica y por otra como realidad social. Como realidad ontológica se trata de algo que existe de un modo intrínseco a la naturaleza humana, y que por tanto se ha manifestado siempre donde el hombre ha existido. De hecho, llegando un poco más lejos, Cagigal indica que “El deporte es una propiedad metafísica del hombre. Es decir, que dondequiera que se da el hombre se da el deporte; y sólo en el hombre se puede éste concebir” (p.17).

Ahora bien, a partir de tal realidad ontológica emerge todo un entramado de relaciones intersubjetivas que convierten al deporte en una manifestación social explicada por Domínguez (1995) del siguiente modo:

La actividad deportiva fue creada por y para el hombre, para su disfrute y su expansión; es por ello, por lo que el individuo es el protagonista insustituible de toda creación deportiva. Este protagonismo afectará no solo a aquellos que directamente toman parte – deportistas -, sino que habrá una serie de personajes cuyo concurso, más o menos activo, dará forma y contenido a la actual realidad deportiva. (p.91)

Esta reflexión permite por tanto hacerse una idea de la complejidad y resorte del hecho deportivo entendido como realidad humana de la que emanan una serie de significados que, según la perspectiva desde la que se analicen, puede provocar interpretaciones distintas (Isidori, 2011). Por tal motivo, el presente análisis se centrará en la evolución histórica del hecho deportivo, centrandolo el interés en su dimensión como fenómeno humano del que no pueden obviarse sus implicaciones sociales. Ahora bien, el sentido de tales implicaciones debe ser desvelado; así, ambos aspectos, deporte y hecho deportivo, deben ser analizados conjuntamente.

Por tanto, para desarrollar una aproximación metódica hacia el origen, el significado y desarrollo del hecho deportivo dentro del marco expuesto hasta aquí, es de recibo realizar una aproximación a las dos versiones comprendidas dentro de la teoría que se centra en la actividad físico-deportiva como manifestación propiamente humana. Como expresara Ueberhorst (1973), es muy distinta la interpretación sobre el origen y evolución del deporte que daría un historiador afín al materialismo histórico, para quien todos los fenómenos culturales se explicarían como producto de las relaciones económicas y de producción, que la que aportaría un historiador humanista cuyos cimientos filosóficos se basaran en la libertad del espíritu como fuente creadora de civilización y cultura.

En líneas generales, la visión idealista se basa en la relación de interdependencia tejida entorno al deporte y su relación con la sociedad y la cultura de cada momento histórico. Generalmente desde esta postura se tiene

una visión positiva del deporte como manifestación valiosa y enriquecedora de la cultura humana. Un ejemplo destacado de esta perspectiva historicista lo encontramos en la siguiente cita de Cagigal (1996) para quien, en este punto, el deporte se manifiesta de un modo muy significativo en la realidad de la nuestra cultura y la sociedad:

La Historia nos muestra que cuando una sociedad alcanzó algún desarrollo, aprendió a hacer deporte condicionado y variado según clima, belicosidad, miseria o abundancia. Un impulso tan primario como la necesidad de saber que lleva al hombre a la filosofía y a la ciencia, le induce a jugar ejercitando su cuerpo: entonces nace el deporte. (p.794)

En definitiva, esta perspectiva achaca la existencia del deporte a una determinada evolución social puesta al servicio del impulso primario y la necesidad del hombre de ejercitar el cuerpo.

Por otra parte, la línea utilitarista o materialista. La cual, como veremos más adelante, presenta un carácter abiertamente crítico respecto al hecho deportivo al entender el deporte como una acción utilitarista, llegando a ser considerado por algunos autores como un auténtico producto contemporáneo del progreso industrial capitalista surgido en la Inglaterra de finales del siglo XVIII. Por tanto, para llegar a entender el fenómeno deportivo actual en toda su amplitud no cabe más opción que efectuar un breve repaso dando a conocer a continuación ambas perspectivas de un modo más detallado.

Por ello, se tratarán a continuación las dos perspectivas prevalecientes respecto al hecho deportivo, tanto la basada en el enfoque idealista o historicista, como la originada en el enfoque utilitarista o materialista.

5. PERSPECTIVA HISTORICISTA E IDEALISTA DEL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL HECHO DEPORTIVO

En defensa de esta perspectiva encontramos a Blanchard & Cheska (1986), quienes afirman que “el deporte refleja los valores básicos del marco cultural en que se desarrolla y por tanto actúa como ritual cultural o como

transmisor de cultura” (p.35). Por lo que, para estos autores, la actividad física en tanto que acontecimiento cultural, encuentra su nacimiento histórico junto a los principios de la civilización humana. En este punto se topan con la dificultad inicial de diferenciar la naturaleza y las consecuencias del hecho deportivo respecto a otras expresiones culturales como la religión, el arte o el juego.

Cagigal (1996) define al deporte en su época primigenia como una expresión telúrico-vital a modo de manifestación embrionaria indefinida compuesta por todos esos componentes. Una manifestación cargada inicialmente de valores estéticos, morales y físicos, expresados a través de complejas manifestaciones en la que cada elemento yace indisolublemente unido a los demás. Aspectos que le trasfieren un estatus de fenómeno antropológico y cultural de primer orden en tanto que implican ritos mágico-religiosos, vinculados a la euforia por la caza, recolección de las cosechas o triunfos guerreros. Asimismo, cuando más primitiva era la cultura, más indiferenciados se hallaban esos caracteres: sacro, lúdico, competitivo y mágico.

Poco a poco, sin embargo, los diferentes momentos temporales y sociales han ido diversificando esta práctica. En esta línea la perspectiva historicista nos permitirá entender cómo el deporte bebe de las influencias sociales y culturales de cada momento histórico, trayendo algunas de ellas hasta nuestros días. Esta iniciativa, por su parte, se verá finalmente abocada a abrir la puerta a la posibilidad de imbricarse con la perspectiva utilitarista, ya que a partir del análisis pormenorizado de determinados momentos históricos, la versión utilitarista del deporte resultará clara y manifiesta. Así pues, aún aceptando un nacimiento y evolución del deporte cargados de valores lúdicos, instructivos, culturales, etc., esta perspectiva dará pie a incluir en el haber de la investigación una visión más pragmática y menos idealista del hecho deportivo. En cualquier caso a continuación realizaremos necesariamente para este trabajo un primer acercamiento al paisaje histórico.

Es obvio que al seleccionar determinados hechos concretos del panorama histórico y soslayar otros, se está entrando en el terreno de la

subjetividad. No obstante una muestra exhaustiva y rigurosa de acontecimientos históricos no conduciría, a nuestro juicio, a una mejor comprensión de la evolución que aquí se muestra, por lo que es necesario asumir el riesgo en pos de rescatar determinados aspectos significativos y necesarios para el objetivo de este texto.

El deporte entendido desde la perspectiva historicista nace en la prehistoria y sigue su evolución a caballo de la cultura, estructurándose según las acciones de los hombres y compartiendo espacio con manifestaciones como el juego, el canto, la danza y la lucha, llegando a entrar incluso en la fibra religiosa de los pueblos. Desde esta concepción, el deporte grabó su huella en los rudimentos inaugurales de la cultura humana (Cagigal, 1996).

Todo apunta a que inicialmente, dada la naturaleza biológica innegable del ser humano, la actividad física de las personas se centraba en la búsqueda de alimento, así como en la protección y la defensa ante otros depredadores y demás peligros del medio. Hasta aquí todo casa perfectamente con la teoría que defiende el origen de las actividades físico-deportivas en las necesidades vitales compartidas entre el ser humano y el resto de los animales. No obstante, como se ha argumentado anteriormente, existen otros elementos trascendentes que merecen ser tenidos en consideración.

Cuando los humanos iban de caza, ésta se desarrollaba primitivamente de un modo individual. Sin embargo, pronto descubrieron la mayor efectividad de formar grupos y trabajar como equipo (Mechikoff & Estes, 2005). Una vez más, los humanos lograron así adaptarse al entorno y sobrevivir. Asimismo, muy probablemente a modo de refuerzo social, se empezó a ensalzar a aquellos individuos que mostraban mejores destrezas y habilidades para la caza, lo cual llevó a que los cazadores buscaran ese reconocimiento a través de la práctica de actividades que emulaban la caza, a la vez que les servían como entrenamiento y preparación. De esa manera cada día era una nueva lucha por la supervivencia, por desarrollar de las habilidades que aseguraran la supervivencia, y por competir por el honor que significaba la demostración pública de esas destrezas. La práctica deportiva se convirtió así en una rutina y

en un hecho íntimamente unido a la cultura de cada tribu. Además, dentro de aquellos ritos preparatorios empezaron a tener cabida una serie de prácticas simbólicas y religiosas con el objetivo de caer en gracia a los espíritus. Con ello, pretendían interceder y dar gracias a las fuerzas de la naturaleza a través de ceremonias basadas en danzas, ofrendas, simulacros de caza, etc.

Cuando las tribus se convirtieron en poblados con una organización más compleja, las demandas de adaptación al medio cambiaron, apareciendo nuevas necesidades como repeler o atacar a otros poblados o tribus, luchas cuerpo a cuerpo entre seres humanos, el dominio de determinadas armas, etc. Cagigal (1996) indica que en ese momento, al igual que todas las demás formas de relación y expresión, las actividades físico-deportivas se diferencian y pasan a ser consecuencia del desarrollo de cada cultura. Por ello, como consecuencia de la necesaria preparación física para esos nuevos menesteres que van surgiendo y se van diversificando, los hombres jóvenes se iniciaron en prácticas físicas relacionadas con los combates, carreras, equitación, uso de armas y artilugios, etc.

Ahondando en este tema, Mechikoff & Estes (2005) profundizan sobre las principales evidencias históricas de estas prácticas en diferentes puntos geográficos como Sumeria, Egipto, Mesoamérica, China, etc. En resumen, a partir del trabajo de estos autores, se conoce como a pesar de que las costumbres y valores de estas culturas eran diferentes en muchos sentidos, existen muchas conexiones entre todas las civilizaciones. De hecho, afirman que las antiguas civilizaciones que habitaban Mesopotamia, Egipto, China y Mesoamérica disfrutaban con la práctica de actividades físicas muy parecidas a las que seguimos practicando hoy en día.

Así, desde las culturas arcaicas se ha comprobado la existencia de un fenómeno lúdico-agonal muy valorado. Estas comunidades tenían la fuerte convicción de que los juegos o campeonatos acarrearán la trascendente bendición de los espíritus y el bienestar cósmico. Además, estas manifestaciones no han sido descubiertas en puntos geográficos aislados, sino

que se dieron generalizadamente en la inmensa mayoría de las culturas arcaicas conocidas en los diferentes continentes.

Desde esta perspectiva historicista, otro fenómeno remarcable en la evolución del hecho deportivo apareció en la antigua Grecia, donde por primera vez el hecho deportivo se independizó de otras manifestaciones culturales. Sin embargo, Mechikoff & Estes (2005) aducen fuertes conexiones entre el desarrollo cultural de las antiguas Grecia y Roma, con la civilización Egipcia fundamentalmente, así como también con las costumbres de la gente de Creta y muy posiblemente con los Fenicios, pues todas ellas fueron culturas mediterráneas con un núcleo común, el *Mare Nostrum*. Estos autores dan por sentado que tanto a través de navegantes comerciales, así como debido a las expediciones militares, los griegos adoptaron algunas de las costumbres de los pueblos que iban descubriendo y/ o invadiendo. Hecho que nos obliga a entender los juegos atléticos griegos más como un nuevo paso en la evolución del hecho deportivo, que como su nacimiento. Y aunque es innegable que aparecieron interesantes matices, no lo es menos que estas prácticas se apoyaban sobre unos precedentes claros y establecidos con anterioridad.

En cualquier caso, en todas las grandes ciudades de la Hélade comenzaron a organizarse juegos atléticos como parte esencial de las festividades religiosas, surgiendo entre otros *los Juegos Píticos, Nemeos, Istmicos*, etc., de entre los que recordamos como más solemnes y grandiosos los acaecidos por primera vez en el año 780 a. de C. en Olimpia: los *Juegos Olímpicos*. Éstos llegaron a adquirir gran repercusión en toda la Hélade. Se basaban en honrar a Zeus, y se articulaban entorno a los ideales griegos de honestidad y justicia en la competición.

Estos juegos panhelénicos llegaron a marcar incluso el cómputo del calendario y provocaron la deposición de las armas en cada una de sus celebraciones con la proclamación de la *Tregua Sagrada*. En la que durante la celebración de los Juegos se suspendía la actividad bélica con el fin de permitir a los mejores atletas competir en los mismos. De hecho, para hacernos una idea de la importancia de tal evento, en el transcurso de los once siglos de

juegos antiguos, la *Tregua Sagrada* únicamente fue violada en dos ocasiones. Además, su impacto trascendía a otras dimensiones sociales: hasta 150.000 personas llegaban a concentrarse en Olimpia con motivo de los juegos. Hecho que atraía a mercaderes, cómicos, saltimbanquis, etc.

Y no menos importante fue su influencia en los pensadores clásicos. Platón en sus *Leyes* y en la *República*, y Aristóteles en su *Política*, llegaron a reglamentar normas para los ejercicios físicos, entendiendo la educación física como un elemento no únicamente necesario para forjar cuerpos atléticos, sino también como parte insoslayable de la *Paideia*. Término que en nuestros días se podría definir como educación integral cimentada en base a aspectos morales, intelectuales y físicos.

Así, los Juegos Olímpicos, aunque emergiendo con un perfil eminentemente lúdico-agonístico, adquirieron un importante carácter vital en la época (Ingham & Loy, 1993). En este sentido Huizinga (1972) explica que la concepción de un concepto de juego general llegó bastante tarde. Pero cuando lo hizo había cobrado un rango de tanta importancia social que perdió en parte su carácter lúdico. Hecho que desvela uno de los momentos históricos en los que las diferentes interpretaciones y enfoques divergentes del hecho deportivo convergen por primera vez. Ya que la naturaleza del juego empezaba a significar cosas diferentes según las sociedades en que se desarrollaba.

De hecho existen interpretaciones que explican que, más que en el carácter eminentemente lúdico y deportivo, los Juegos Olímpicos encuentran su origen en la preparación para la guerra. Sin ir más lejos, es cierto que las diferentes competiciones eran de gran utilidad para el entrenamiento bélico: carrera, salto de longitud con pesas en las manos, lanzamientos, lucha, pugilato, pancrancio, etc. En este sentido se encuentran indicios del utilitarismo del atletismo griego.

No obstante, Cagigal (1996) aduce que en los mismos Juegos Olímpicos evolucionó toda una cultura física que se distanciaba de ese pragmatismo utilitarista originario. De tal modo que el gimnasio se convirtió para los griegos

de la época en un recurso de ocio en el que se mezclaban la armonía física, la salud, el arte y la filosofía entre otras manifestaciones de la cultura humana. De lo contrario, ¿qué sentido tendría que Platón o Aristóteles, y la mayoría de filósofos y artistas, se ejercitaran como lo hacían? Evidentemente es despreciable el sentido utilitarista de su práctica, por lo que el verdadero motivo parece radicar en el ocio y el asueto por una parte, y en su valor educativo por otro. A modo de los más recientes cafés literarios, en cierta medida los gimnasios de la antigua Grecia fueron la cuna y la cátedra de la filosofía helénica (Cagigal, 1996).

De un modo consecutivo sucedió una manifestación semejante en Roma, otro de los momentos de ruptura, de la que cabe destacar que es donde por primera vez se introduce el deporte espectáculo. Así nace un nuevo enfoque pragmático y utilitarista a partir del fenómeno deportivo en sí. Como es sabido, los romanos tenían un carácter más factual y realista. Del mismo modo que pasara en la antigua Grecia, los romanos incorporaron y asimilaron ciertas costumbres de los pueblos con los que mantenían relaciones comerciales o a los que invadían. En el terreno del deporte Mechikoff & Estes (2005) explican que la influencia vino determinada fundamentalmente por dos culturas diferentes: los griegos y los etruscos.

En cualquier caso, su pragmatismo y gusto por el orden era mayor, lo cual provocó que el sentido de los Juegos Olímpicos griegos se transformara en un espectáculo utilitarista y mercantil en la antigua Roma. Así, de la pura emoción agonística de los juegos griegos se pasó en Roma a un cultivo de los instintos más básicos, donde la archiconocida exclamación *panem et circenses* aparece como clara expresión de este matiz. A todo ello, es justo aclarar que en Roma, tanto en la época de la República como en el Imperio, no faltaron manifestaciones lúdicas y agonales de carácter menos pasional relacionadas en esta ocasión con cultos religiosos (por ejemplo los ludi ceriales, o capitolinos).

Por otra parte, otra característica reseñable del deporte romano fue la aparición del profesional. Pues en Grecia, a tenor de recibir grandes premios y

trofeos, éstos nunca venían en concepto de honorarios. Hecho que por el contrario sí sucedió propiamente en del deporte romano. Como dice Cagigal (1996), “Así comienza a cargarse el concepto deporte, en singular asimilación semántica, de matices y contenidos intrusos que pueden dar explicación satisfactoria a la diversidad de opiniones que hoy acerca de él existen”(p.53).

Además, siguiendo con su enfoque de tinte utilitarista, sabemos de la mano de Galeno (conocido en nuestros días como uno de los padres de la medicina), que los romanos entendían el deporte como una práctica que promovía la relación directa entre la salud y la condición física.

Posteriormente la acción deportiva del ser humano continuó evolucionando durante la Edad Media. De un modo más anónimo resurgieron el juego de la pelota, el lanzamiento de barra, etc., siendo éstos muy populares entre artesanos y mercaderes. No obstante, la iglesia cristiana tuvo un significativo impacto en la naturaleza y propósito de las actividades físico-deportivas de la Edad Media. Y este impacto se basaba en su visión del cuerpo. Para la mayoría de los religiosos la salvación del alma encontraba su camino a través de la mortificación del cuerpo. Así, el cuerpo y la actividad física se concebían como algo vil y cruel sobre lo que había que redimirse.

Sin embargo, la iglesia toleró los juegos y prácticas de la aristocracia (Mechikoff & Estes, 2005). En efecto, las clases altas de la sociedad tenían unas prácticas más conocidas por nosotros: los torneos y las justas caballerescas. Tanto fue así que durante las cruzadas la iglesia permitió los torneos asociados al entrenamiento para la guerra. Estas prácticas, por tanto, más allá de erigirse en una simple manifestación lúdica, no dejaban de tener ante todo un claro sentido pragmático. Claramente en su horizonte quedaba la preparación para la guerra. Aspecto que se observa de la mano de Domínguez (1995).

La instrucción militar se convirtió en la actividad predominante de nobles y caballeros. Pero en los largos períodos de paz el entrenamiento diario y continuado debía resultar enormemente tedioso y falta de estímulo para una clase educada solamente para la contienda. Los torneos sirvieron, en cierta forma, para ocupar ese vacío bélico, a la

vez que complementaron el escaso abanico de espectáculos y actividades recreativas existentes en la época. (p.31)

Además, con la desintegración del Imperio Romano desaparecieron los anfiteatros y el profesionalismo, lo cual permitía mantener en estas prácticas cierta ligazón con las primigenias y más puras manifestaciones deportivas, aunque su violencia y enfoque bélico les aportaban un cariz ciertamente alejado tanto de sus orígenes, como de lo que a día de hoy entendemos como espíritu deportivo. Hecho que progresivamente fue evolucionando. Así, con el tiempo, surgieron armas especiales para los juegos sin puntas ni filos, se reglamentaron al detalle los torneos con el fin de evitar desenlaces trágicos, etc. Este hecho nos sugiere nuevamente de la mano de Cagigal (1996), que en el origen del deporte hay mucho de manifestación primitiva, entroncada con la preparación bélica, hasta llegar a una reglamentación minuciosa.

No obstante, en la época medieval la ocupación del ocio pareció dirigirse preferentemente hacia los valores espirituales e inmutables, por lo que estas prácticas físicas quedaron relegadas a nobles y caballeros pertenecientes a las más altas jerarquías sociales (Domínguez, 1995).

También Domínguez (1995) y Mechikoff & Estes, (2005) recuerdan que posteriormente, movimientos como el Humanismo renacentista y más tarde la Ilustración, postularon la importancia de la formación intelectual como medio principal para la realización personal. No obstante, con la recuperación de ciertos ideales de la Grecia clásica y de los pensadores romanos, los renacentistas empezaron a examinar nuevamente todos los aspectos de la vida desde la perspectiva clásica. Hecho que, por otra parte, les llevó a discutir y enfrentarse eventualmente con la iglesia católica y, como consecuencia, a superar la Edad Media.

Asimismo, bajo la influencia de intelectuales como Platón y Aristóteles, los renacentistas enfatizaron la vida en este mundo como oposición a la vida en el siguiente mundo. Y estas ideas, desde el movimiento humanista, significaron un mayor acento en lo humano más que en lo espiritual; hecho que benefició directamente al deporte y la educación física.

Un beneficio que fue subrayado aparentemente allí donde llegó la Reforma, en tanto que ésta rompió con la creencia medieval de que el cuerpo debía ser negado para purificar el alma. Para Lutero y Calvino, como principales representantes del movimiento reformista, el cuerpo nos era dado con el fin de hacer el trabajo y la misión que Dios nos había encomendado en la tierra. No obstante, esta concepción no acababa de dar rienda suelta a los juegos y deportes en tanto que su propuesta radicaba en usar el cuerpo para trabajar, lo cual no estaba tan lejos de la idea defendida por la iglesia católica.

Por su parte, con la Ilustración, se abrió paso la fuerza de la razón y el poder del ser humano. Este movimiento fue apoyado por filósofos, científicos, pedagogos y por una creciente población bien formada. Durante el movimiento ilustrado se ensalzaron las virtudes del movimiento y la práctica de actividad física como elementos importantes en la educación del ser humano.

Finalmente, tras el paréntesis provocado por la decadencia medieval y por las imposiciones de la iglesia católica respecto a los asuntos relacionados con la corporalidad, se dio un fuerte resurgir de lo corporal de la mano de pensadores y filántropos como Basedow o Pestalozzi. Estos autores fundamentaron sus ideas en los postulados filosófico-pedagógicos de ilustrados como Rousseau. Así pues, a partir de las ideas de destacados intelectuales entre los que se encuentran los recién mencionados, se superó el anterior carácter denostado de lo corporal.

Conviene recordar que filosóficamente el idealismo germano reflejaba las metas y objetivos de la antigua Grecia, por lo que tanto el cuerpo, como el alma y el intelecto, entendidos como elementos primarios del ser, debían ser educados bajo la idea de un desarrollo humano basado en la perfección. Asimismo, el desarrollo ético fue encabezado por Immanuel Kant, cuyo imperativo categórico sentó las bases del desarrollo moral del hombre deportivo y de lo que hoy se conoce como juego limpio o fair play (Mechikoff & Estes, 2005).

Finalmente en el siglo XIX nacen los primeros estudios gimnásticos de carácter científico. Existen en esta faceta varias perspectivas encabezadas por corrientes como las del exiliado español Francisco Amorós en Francia, cuyos preceptos se basaban en la práctica físico-deportiva a través del uso y aprovechamiento de la naturaleza. Por su parte, Friedrich Ludwig Jahn, bajo intereses nacionalistas y patrióticos, desarrolló todo un sistema de gimnástica de fuerza en Alemania. Asimismo, el método higiénico naturista del Sueco Per Henrik Ling estableció las bases de una educación física basada en los aspectos médicos y científicos del ejercicio. Por su parte, Franz Nachteggall, conocido como el padre de la gimnasia danesa, promovió su programa a raíz del trabajo de Guts Muts, viendo la necesidad de incluir la educación física en los currículos de la escuela danesa. Y finalmente, no quedaría completo este breve análisis sin hablar del deporte inglés, surgido a su vez de la mano del clérigo Thomas Arnold, sobre el que se hablará de nuevo más adelante.

Esto significó que las escuelas gimnásticas empezaron a desarrollar ideas pedagógicas y trataron de estructurar el campo de estudio de lo corporal. De las distintas tendencias surgieron los actuales métodos y variantes, habiendo evolucionado hoy en día hacia el concepto más amplio de educación física. En cualquier caso, conviene recordar que la promoción de la educación física en Alemania, Suecia y Dinamarca fue fundamentalmente debida a propósitos militares más que a su afección por perseguir valores educativos y saludables.

En esa época renació también de nuevo el olimpismo, a partir del entusiasmo y voluntad del barón Pierre de Coubertin, quien se inspiró en los juegos regionales impulsados por el Dr. William Penny Brookes de Gran Bretaña, para llevar a cabo esa idea al terreno internacional (Mechikoff & Estes, 2005). No obstante, existen otras concepciones más críticas del olimpismo moderno. En cualquier caso, el movimiento acabó cristalizando con la restauración de los Juegos Olímpicos, que aprovechando el mensaje de espiritualismo deportivo que a priori el noble francés pretendió proporcionarles, dieron pie a una estructuración de gran calado para el deporte del siglo XX. No

obstante, como pronto veremos, existen indicios de que las raíces de la pasión deportiva de Coubertin fueron menos filantrópicas de lo que tradicionalmente se ha venido diciendo (Corriente & Montero, 2011).

6. PERSPECTIVA UTILITARISTA Y MATERIALISTA DEL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL HECHO DEPORTIVO

En este punto se analizará otra concepción del deporte, motivada en este caso por las consecuencias de la Revolución Industrial. Durante esta época, la nueva clase dominante, a saber, la burguesía, tratará de implantar sus valores. Pues como recuerda Rodríguez (2008): "(...) cualquier historia del deporte puede interpretarse como una evolución de los valores dominantes de cada sociedad" (p.13). Y es que ese hito histórico significó un punto de inflexión que para muchos de los historiadores y pensadores del deporte cambiaría no sólo el hecho deportivo, sino todo el paradigma de pensamiento. Así, el presente apartado recoge la visión que se tiene del deporte desde ese nuevo criterio de análisis de la realidad: el materialismo histórico.

Desde este prisma, dejando atrás los posibles sustratos biológicos, y haciendo caso omiso de los autores que defienden el origen del deporte en la guerra o en la religión, numerosos autores entre los que destacan Elías & Dunning (1992) y Almeida (2001) defienden que la idea de lo que hoy se conoce como deporte tuvo su origen en la Inglaterra del siglo XVIII, a partir de un proceso de transformación de los juegos tradicionales, llevado a cabo por las élites burguesas. Asimismo, para estos autores hablar de deporte antes de la Revolución Industrial no tiene sentido.

En una línea similar, Cagigal (1996) asegura que existe una diferencia entre el deporte pre-industrial y el post-industrial:

la evolución habida entre los siglos XI al XVIII es relativamente escasa comparada con la que va a tener lugar en los siglos XVIII al XX. Sin perder temor a toda simplificación y concreción en hechos aislados, se pueden señalar algunos sucesos histórico-culturales que ejercieron singular impacto en la evolución del deporte y marcaron su definitivo enriquecimiento en el siglo XX. (p.582)

Sin duda, en los últimos años la perspectiva utilitarista del deporte ha ido ganando terreno en la forma de entender y definir el hecho deportivo. Por lo que aquella interpretación en la que el deporte se mantiene puro, sin mercantilismos y profesionalismos, ha perdido muchos enteros. La pretendida universalidad del deporte, que algunos incluso defenderían como símbolo de la universalidad de la humanidad según la anterior perspectiva, no deja de ser desde este nuevo posicionamiento más que una universalidad burguesa. Algunos de los ideólogos afines a este posicionamiento crítico lo consideran, al mismo tiempo, como una expresión y una necesidad de la sociedad industrial y tecnicista, y, de hecho, según la óptica de la civilización del ocio que vivimos en los países desarrollados, como una necesidad cultural (Brohm, 1978).

A colación de estos hechos, Vilanou (2004) rescata la siguiente expresión para describir de un modo muy visual al hecho deportivo en el siglo XX: *un gigante con pies de barro*. Unos pies de barro que aluden a factores como: manipulación ideológica, obstinación por el rendimiento, desmedido afán de victoria, dopaje, intereses comerciales y económicos, etc. En definitiva, una serie de aspectos que sin lugar a duda socavan los fundamentos humanísticos del deporte.

Esta inversión en sus valores esenciales da pie a apreciar y escuchar con atención los postulados de la concepción utilitarista del deporte. Una concepción que, como estamos viendo, critica abiertamente la pérdida de buena parte de las dosis humanísticas y pedagógicas del hecho deportivo. Por tanto, como enfoque que puede completar el entendimiento del concepto deporte, veamos a continuación sus principales fundamentos.

Inicialmente esta concepción afirma que el origen o la causa del deporte tal como lo entendemos hoy en día se hallan en elementos predominantemente materialistas. Desde esta línea, autores como Eichel (1973) equiparan el inicio de los ejercicios corporales al trabajo, en tanto que sirven a un fin productivo y/o de preparación.

Por su parte Corriente & Montero (2011) aducen que las actividades atléticas de la era pre-industrial presentaban un conjunto de rasgos que las distinguían marcadamente de los deportes modernos. Para estos autores el deporte moderno tal como se entiende hoy en día, tiene sus orígenes directos en la domesticación de los pasatiempos populares de la edad media. En este sentido nos indican que en su evolución pueden distinguirse dos etapas. Una primera que abarcaría desde el último tercio del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX, donde fueron suprimidos y transformados algunos pasatiempos populares (al parecer por imperativos espirituales y religiosos). Sin embargo, en ese mismo periodo se fueron reglamentando otras actividades practicadas exclusivamente por la aristocracia.

Por otra parte, la segunda etapa comenzaría a mediados del siglo XIX y duraría hasta entrado el siglo XX. En esta fase sería la burguesía industrial la que, en tanto que nueva clase hegemónica, practicaría y reglamentaría deportes de equipo. Así, la modernización de estos juegos se desarrolló en las *Public Schools* británicas, donde a partir del descubrimiento de determinados valores pedagógicos en la práctica deportiva el pastor anglicano Thomas Arnold, instalado en la *Public School* de la localidad de Rugby, redactó por escrito los primeros reglamentos y otorgó un lugar destacado a la educación corporal. Por esta vía los burgueses trataban de abandonar sus austeras costumbres para aprender a comportarse como *gentlemen*. De tal manera que las actividades deportivas se iban perfilando como parte de una estrategia institucional, dirigida a dotar de una imagen noble a las nuevas clases industriales venidas a más. De algún modo las *Public Schools* jugaron un papel claro a la hora de lograr la deseada fusión entre la nueva burguesía y la vieja aristocracia, la cual dio nacimiento a la clase media alta victoriana, quedando así formada la clase dominante inglesa por la nobleza terrateniente tradicional y por la burguesía ascendente (Almeida, 2001). A raíz de ello se puede afirmar que la propuesta de Thomas Arnold respondía a las demandas educativas de las clases burguesas, que trataron de entrar en las instituciones privadas que habían sido exclusivas hasta entonces por la nobleza.

Las reformas educativas del clérigo inglés implicaron la eliminación del tiempo libre de las escuelas para dar paso a un sinfín de actividades organizadas, entre las que destacaban los nuevos deportes, quedando así una escuela más codificada y regulada, siendo la reglamentación minuciosa un elemento que se extendió rápidamente al universo deportivo. Todo ello, bajo el ideario de una formación moral y religiosa que en el fondo trataba de propagar los ideales del liberalismo. Un ideario en cuyo horizonte estaba también el refinamiento de las rudas costumbres de las clases bajas. Así, los patrones burgueses, con el fin de protegerse y diferenciarse de los peligros, la barbarie y la brutalidad de las clases trabajadoras, trataron de establecer unos ideales de comportamiento que les convinieran. El deporte, en este sentido, cumplía un fuerte papel formador del carácter en tanto que reunía una serie de valores como el espíritu de equipo, la aceptación de las reglas, el reconocimiento de los méritos del adversario, etc. Comportamientos que, a la postre, cristalizaron en la moral del Fair Play. Según Elías & Dunning (1992), desde esta perspectiva el deporte no deja de ser una construcción histórica bajo los preceptos de la práctica educativa, centrada en este caso en el control social de los alumnos en las *Public Schools* y en la idea de impedir la violencia.

En definitiva, las *Public Schools* jugaron un papel vital en la formulación y diseminación de dichos valores bajo el interés de mantener el estatus de las clases altas en una sociedad que yacía por aquel entonces profundamente dividida.

Por su parte, desde el análisis crítico que nos ocupa, a partir del relanzamiento del movimiento olímpico, el barón Pierre de Coubertin hizo lo propio para promover el florecimiento de la juventud burguesa de Francia y con ella la entronización del liberalismo y del colonialismo. De hecho, siguiendo con la línea de Corriente & Montero (2011), el barón Pierre de Coubertin:

(...) optó por presentar el deporte como un medio <<inteligente y eficaz>> para lograr que los pueblos subyugados por Occidente renunciasen a la lucha contra sus colonizadores e interiorizaran el orden social que estos les habían impuesto.

En efecto, el barón creía firmemente que – a diferencia de los juegos tradicionales de los pueblos africanos y asiáticos- solo los deportes occidentales eran actividades civilizadoras. (p.119)

De un modo u otro, Coubertin habría logrado impulsar el deporte moderno, permitiéndole dar un paso al frente y expandirse mediante la construcción de grandes estadios y espectáculos deportivos, así como a través de la organización institucional de complejas organizaciones deportivas internacionales. Tanto fue así que entre las diferentes disputas más o menos explícitas entre países, el deporte se instauró como escenario de competición y ostentación nacional por excelencia.

De hecho, a lo largo de su historia los Juegos Olímpicos modernos han tenido que enfrentarse a boicots, quejas y posturas radicalmente encontradas. Y es que ya desde sus inicios, existieron quejas acerca del tono nacionalista que éstos transmitían, por lo que Coubertin trató de minimizar ese matiz nacionalista otorgando los Juegos a ciudades en lugar de a países (Mechikoff & Estes, 2005).

Sin embargo, el nacionalismo y los enfrentamientos entre ideologías políticas no lograron ser eliminados en absoluto a través de esa medida. Aspecto que se manifestó de un modo muy claro en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, pues tras la incorporación de la URSS al movimiento olímpico en 1951, el deporte internacional se convirtió en un escaparate de disputa para los bloques enfrentados en la época denominada como Guerra Fría.

Asimismo, otro aspecto controvertido en la historia de los Juegos Olímpicos ha sido el del racismo. Por ejemplo, en las Olimpiadas de México D.F. de 1968, algunos atletas aprovecharon ser el centro de atención al estar en el podio, para reivindicar el descontento con la situación de racismo que se estaba dando en América. O, por ejemplo, en las olimpiadas de Montreal en 1976, en las que los países africanos boicotearon los juegos a causa del racismo, principalmente del *apartheid* practicado en Sudáfrica (Mechikoff & Estes, 2005).

Por otra parte, Cagigal (1996) rescata para la reflexión sobre el olimpismo otro tema conflictivo. Se trata del amateurismo. Efectivamente, estamos ante uno de los conflictos más arraigados, aunque en pleno siglo XXI el amateurismo parece tener definitivamente perdida la batalla frente al profesionalismo. Sin duda, la actitud del *amateur* o aficionado es la que a priori correspondería al verdadero deportista: la práctica del deporte al margen de ganancias y utilitarismos. Por lo que, la aceptación plena del profesionalismo podría conducir a la pérdida del espíritu olímpico en tanto que éste alberga una condición de mito lúdico.

Además, y sin pretender hacer un registro exhaustivo de las hostilidades vividas en los Juegos Olímpicos, es de recibo remarcar que el miedo provocado por amenazas y ataques terroristas ha sido otro aspecto que ha desvirtuado a los Juegos en algunos momentos de su historia. El hito que mejor ilustra y ejemplifica este problema sucedió en 1972, en las Olimpiadas de Munich. Durante esas olimpiadas el grupo terrorista árabe *Septiembre Negro* cambió la cara de los Juegos Olímpicos para siempre a consecuencia de la masacre que perpetraron sobre la expedición israelí.

En suma, para cerrar este paso crítico sobre el olimpismo y afianzar lo recién expuesto, se puede concluir con García Ferrando (1990) que:

En realidad, los Juegos Olímpicos se convirtieron desde sus inicios en un instrumento de los nacionalismos, pese a la pretensión del credo olímpico de favorecer la participación universal para la mejora de la humanidad. Sin embargo, los países participantes han solido interpretar los Juegos como una oportunidad para expresar los sentimientos nacionalistas y la identificación nacional. Los Juegos Olímpicos no se han utilizado tanto para promover el juego limpio, la paz y la comprensión mutua en el contexto internacional, como más bien para manifestar el orgullo y los intereses nacionales. (p.206)

Es decir, que los intereses nacionalistas y mercantilistas no han dejado pasar la oportunidad de valerse del deporte para mostrar y ensalzar las excelencias nacionalistas, entendiendo al olimpismo como un valioso instrumento del que poder sacar provecho. Y un buen ejemplo de ello lo encontramos con los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, en los que la Alemania

nazi trató de demostrar la superioridad germánica mediante la consecución de un gran número de medallas y una organización mucho más centrada en la propaganda política que en el interés deportivo *per se*.

Por otra parte, desde una perspectiva socio-política del deporte, Brohm (1978) afirma que éste refleja la estructura capitalista e industrial. Este autor defiende que: “El deporte no tiene una historia ni una existencia autónomas. Su función social y política, tal como la vemos, le es dictada por el lugar que ocupa dentro de la totalidad de las relaciones sociales” (p.18).

Para este autor existe una clara analogía estructural entre la organización y el funcionamiento de un tipo de sociedad dada y una actividad socializada, como puede serlo en este caso el deporte. Así pues, la competición como ganancia, la existencia de una clasificación o jerarquía, la medida y cuantificación, el rendimiento técnico, la especialización, etc., son algunos de los valores compartidos entre las sociedades capitalistas y el deporte tal como lo vivimos en nuestros días. En este sentido, parece bastante evidente que tal paralelismo existe.

Desde esta postura, avalada por los postulados del materialismo histórico, el deporte no se entiende como una entidad suprahistórica que se mantiene a lo largo de los siglos. Sino que se inscribe en el marco de las relaciones de producción que determinan su estructura interna y su naturaleza profunda (Laguillaumie, 1978). Así pues, desde este enfoque el deporte moderno se halla necesariamente ligado a la base económica de la sociedad y a la infraestructura que la sustenta, es decir, a las relaciones de producción del capitalismo.

7. CONCLUSIÓN

El presente texto ha expuesto el desarrollo histórico del deporte, haciendo especial hincapié en aquellos momentos que supusieron un punto de inflexión en el hecho deportivo y que, por tanto, han condicionado por su relevancia el deporte tal y como se lo conoce hoy en día. Teniendo en cuenta

que el término deporte conlleva una considerable complejidad de definición por la globalidad de todo aquello que lo atañe como fenómeno multidimensional; para entender su significado actual es necesario examinar los hechos culturales y sociales que lo han ido modulando a lo largo de su conformación, de forma que pueda observarse cuales son sus implicaciones actuales.

A partir de la reflexión histórica efectuada desde una doble concepción, se ha ampliado la perspectiva de lo que el concepto de deporte implica. El análisis de carácter histórico ha permitido comprender como el deporte se alimenta de las influencias sociales y culturales de cada momento histórico, mientras que la reflexión de naturaleza utilitarista ha propuesto un fin productivo como origen y causa del deporte. De esta forma, ambas visiones de su historia resultan valiosas para profundizar en la comprensión de la dimensión de dos términos tan intrincados como son el hecho deportivo y el deporte.

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Acuña, A. (1994). *Fundamentos socio-culturales de la motricidad humana y del deporte*. Granada: Universidad de Granada.
2. Almeida, M. (2001). El papel de la universidad contra la barbarie. *Revista De Estudios Orteguianos*, 2, 111-118.
3. Blanchard, K. & Cheska, A. (1986). *Antropología del deporte*. Barcelona: Bellaterra.
4. Brohm, J.M. (1978). Sociología política del deporte. En Partisans. *Deporte, cultura y educación*, 17-31.
5. Cagigal, J.M. (1996). *Obras selectas*. Madrid: C.O.I., A.E.D.P., Ente de promoción deportiva J.M. Cagigal.
6. Coca, S. (1993). *El hombre deportivo. Una teoría sobre el deporte*. Madrid: Alianza Editorial.

7. Corriente, F. & Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. Logroño: Pepitas de calabaza.
8. Domínguez, J. L. (1995). *Reflexiones acerca de la evolución del hecho deportivo*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
9. Eichel, W. (1973). El desarrollo de los ejercicios corporals en la sociedad prehistórica. *Citius, Altius, Fortius*, 15, 95-134.
10. Elias, N. (1988). *El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
11. Elias, N. & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Madrid: FCE.
12. García Ferrando, M. (1990). *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*. Madrid: Alianza Editorial.
13. Huizinga, J. (1972). *Homo ludens*. Madrid: Alianza.
14. Ingham, A.G. & Loy, W. (1993). *Sport in social development. Traditions, transitions ,and transformations*. Champaign: Human Kinetics Publishers.
15. Isidori, E. (2011). La pedagogía del deporte como ciencia. Perspectivas críticas. En Isidori, E. & Fraile, A. *La pedagogía del deporte hoy. Horizontes y desafíos*. (pp. 1- 42). Roma: Edizioni Nuova Cultura.
16. Laguillaumie, P. (1978). Para una crítica fundamental del deporte. *Partisans. Deporte, cultura y educación*, 32- 58.
17. Mechikoff, R. A. & Estes, S.G. (2005). *A history and philosophy of sport and physical education. From ancient civilizations to the modern world*. New York: Mc Graw Hill.
18. Neuendorff, E. (1973). El hombre prehistórico. *Citius, Altius, Fortius*, 15, 1-4.
19. Parlebás, P. (2001). *Juegos, deporte y sociedad. Léxico de praxiología motriz*. Barcelona: Paidotribo.

20. Rodríguez Díaz, A. (2008). *El deporte en la construcción del espacio social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
21. Ueberhorst, H. (1973). Teorías sobre el origen del deporte. *Citius, Altius, Fortius*, 15, 9-57.
22. Vicente, M. (2011). De la diversidad del concepto de deporte y su naturaleza. En E. Isidori & A. Fraile (Coord.), *La pedagogía del deporte hoy. Escenarios y desafíos* (pp. 43-80). Roma: Edizioni Nuova Cultura.
23. Vilanou, C. (2004). Prólogo. En A. S. Almeida, *Historia social, educación y deporte. Lecturas sobre el origen del deporte contemporáneo* (pp.9-13). Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones de La Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.